



Palabra Dominical

Asunción de la Santísima Virgen María

Antífona de entrada

Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza.

Se dice Gloria.

Oración Colecta

Dios todopoderoso y eterno, que elevaste a la gloria celestial en cuerpo y alma a la inmaculada Virgen María, Madre de tu Hijo, concédenos tender siempre hacia los bienes eternos, para que merezcamos participar de su misma gloria. Por nuestro Señor Jesucristo ...

Una mujer envuelta por el sol, con la luna bajo sus pies.

Del libro del Apocalipsis del apóstol san Juan; 11, 19; 12, 1-6.10



Se abrió el templo de Dios en el cielo y dentro de él se vio el arca de la alianza. Apareció entonces en el cielo una figura prodigiosa: una mujer envuelta por el sol, con la luna bajo sus pies y con una corona de doce estrellas en la cabeza. Estaba encinta y a punto de dar a luz y gemía con los dolores del parto.

Pero apareció también en el cielo otra figura: un enorme dragón, color de fuego, con siete cabezas y diez cuernos, y una corona en cada una de sus siete cabezas.

Con su cola barrió la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó sobre la tierra. Después se detuvo delante de la mujer que iba a dar a luz, para devorar a su hijo, en cuanto éste naciera. La mujer dio a luz un hijo varón, destinado a gobernar todas las naciones con cetro de hierro; y su hijo fue llevado hasta Dios y hasta su trono. Y la mujer huyó al desierto, a un lugar preparado por Dios.

Entonces oí en el cielo una voz poderosa, que decía: "Ha sonado la hora de la victoria de nuestro Dios, de su dominio y de su reinado, y del poder de su Mesías". **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

Salmo responsorial

Del Salmo 44

R/. De pie, a tu derecha, está la reina.

Hijas de reyes salen a tu encuentro. De pie, a tu derecha, está la reina, enojada con oro de Ofir. *R/.* Escucha, hija, mira y pon atención: olvida a tu pueblo y la casa paterna; el rey está prendado de tu belleza; ríndele homenaje porque él es tu señor. *R/.*

Entre alegría y regocijo van entrando en el palacio real. A cambio de tus padres, tendrás hijos, que nombrarás príncipes por toda la tierra. *R/.*

Resucitó primero Cristo, como primicia; después los que son de Cristo.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: 15,20-27

Hermanos: Cristo resucitó, y resucitó como la primicia de todos los muertos. Porque si por un hombre vino la muerte, también por un hombre vendrá la resurrección de los muertos. En efecto, así como en Adán todos mueren, así en Cristo todos volverán a la vida; pero cada uno en su orden: primero Cristo, como primicia; después, a la hora de su advenimiento, los que son de Cristo.

Enseguida será la consumación, cuando, después de haber aniquilado todos los poderes del mal, Cristo entregue el Reino a su Padre. Porque él tiene que reinar hasta que el Padre ponga bajo sus pies a todos sus enemigos. El último de los enemigos en ser aniquilado, será la muerte, porque todo lo ha sometido Dios bajo los pies de Cristo. **Palabra de Dios.**



Aclamación antes del Evangelio

R. Aleluya, aleluya.

María fue llevada al cielo y todos los ángeles se alegran. *R/.*

Ha hecho en mí grandes cosas el que todo lo puede. Exaltó a los humildes.

Del santo Evangelio según san Lucas: 1, 39-56



En aquellos días, María se encaminó presurosa a un pueblo de las montañas de Judea, y entrando en la casa de Zacarías, saludó a Isabel. En cuanto ésta oyó el saludo de María, la criatura saltó en su seno.

Entonces Isabel quedó llena del Espíritu Santo y levantando la voz, exclamó: "¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a verme? Apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi seno. Dichosa tú, que has creído, porque se cumplirá cuanto te fue anunciado de parte del Señor".

Entonces dijo María: "Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se llena de júbilo en Dios, mi salvador, porque puso sus ojos en la humildad de su esclava.

Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones, porque ha hecho en mí grandes cosas el que todo lo puede. Santo es su nombre y su misericordia llega de generación en generación a los que lo temen.

Ha hecho sentir el poder de su brazo: dispersó a los de corazón altanero, destronó a los potentados y exaltó a los humildes. A los hambrientos los colmó de bienes y a los ricos los despidió sin nada.

Acordándose de su misericordia, vino en ayuda de Israel, su siervo, como lo había prometido a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia para siempre". María permaneció con Isabel unos tres meses y luego regresó a su casa.

Palabra del Señor.

Se dice Credo

Plegaria Universal.

Oremos, hermanos, al Señor, que en el día de hoy ha querido ensalzar a la Virgen María por encima de los coros de ángeles y de santos y pidámosle que escuche nuestra oración.

Después de cada petición diremos: **Padre, escúchanos**

- ✓ Para que la Iglesia, unida a la gloriosa y santa María, Madre de Dios, proclame la grandeza del Señor. **Oremos.**
- ✓ Para que la misericordia del Señor llegue a todos los pueblos y reconozcan a la llena de gracia **Oremos.**
- ✓ Para que el Señor enaltezca a los humildes, colme de bienes a los pobres y auxilie a Israel. **Oremos.**
- ✓ Que todas las Madres que se encuentran embarazadas, pero con miedo, puedan con la ayuda de la Iglesia, encontrar la fuerza y el coraje que necesitan para dar luz a la vida. **Oremos.**
- ✓ Para que nuestra parroquia de la Sagrada Familia todas las mujeres que desempeñan algún ministerio encuentren la alegría y reciban la gracia que procede de Dios. **Oremos.**
- ✓ Para que Cristo, Rey que ha coronado a María como reina, nos conceda la posesión del Reino. **Oremos.**

Dios nuestro, que constituiste a la Madre de tu Hijo Madre y Reina nuestra, escucha nuestra oración y concédenos que, por su intercesión, participemos un día de la felicidad eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Oración sobre las Ofrendas

Suba hasta ti, Señor, nuestra ofrenda fervorosa y, por intercesión de la santísima Virgen María, elevada al cielo, haz que nuestros corazones tiendan hacia ti, inflamados en el fuego de tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Antífona de la Comunión

Lc 1, 48-49

Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones, porque ha hecho en mí grandes cosas el que todo lo puede.

Oración después de la Comunión.

Habiendo recibido el sacramento de la salvación, te pedimos, Señor, nos concedas que, por intercesión de santa María Virgen, elevada al cielo, seamos llevados a la gloria de la resurrección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Reflexión



Saludamos con simpatía esta solemnidad de Nuestra Señora de Agosto, que es el Tránsito o la Asunción de santa María en alma y cuerpo glorioso al cielo. Según una tradición, la Virgen María sobrevivió 23 años a la crucifixión y resurrección de su Hijo, dejando este

mundo a los 72 años de edad hacia el año 56 de la Era cristiana. Y una vez consolidado el culto a Jesucristo, se difunde el culto a su Madre en el mundo cristiano con dedicación de ermitas, santuarios, iglesias y catedrales, que en España suman hasta unos 800 templos, con predominio de la advocación de la Asunción, que llevó a decir al poeta: Ramón Cué: "Todas las torres de las

catedrales, / asunciones de España”. La creencia firme por el pueblo de Dios durante veinte siglos en la Asunción de María al cielo –lo que se llama tradición veraz- lleva al papa Pío XII a declarar verdad de fe el misterio de la Asunción. Y lo hace como Vicario de Cristo, desde la cátedra de San Pedro en Roma el 1 de noviembre de 1950 con estas solemnes palabras: Proclamamos y definimos que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, ‘cumplido el curso de su vida terrena’, fue asunta al cielo en cuerpo y alma a la gloria celestial (DenzHun, 3903).



En esta breves y densas palabras pontificias se interrelacionan y conjugan los privilegios de Madre de Dios, Inmaculada y Asunta. Inmaculada porque Madre de Dios y Asunta porque Inmaculada. Como dicen los teólogos, Dios pudo hacerlo, convenía hacerlo y lo hizo (potuit, deuit, ergo fecit). ¿Y qué significa el misterio y dogma de la Asunción? Significa glorificación de María en cuerpo y alma gloriosos por virtud de la Ascensión de su Hijo Jesús. Porque en lenguaje teológico, Ascensión es ascender por propia virtud (caso de Cristo-Dios), pero Asunción es ascender por virtud de otro (caso de María creatura). María, inmaculada y madre de Dios y corredentora, tenía que ser resucitada y asunta, es decir, salvada y glorificada oficialmente, santoralmente, la primera después de su Hijo redentor.



¿Y cuál es su mensaje para nosotros desde el cielo, ella que es de nuestra raza humana? Que la invoquemos, porque ella es la “omnipotencia suplicante”, al lado de su Hijo. El concilio vaticano II (1965) nos dice literalmente que “la verdadera devoción [mariana] no consiste ni en un sentimentalismo estéril y transitorio, ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe auténtica, que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, que nos impulsa a un amor filial hacia

nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes” (Lumen Gentium, 67). Virtudes teologales de fe profunda, esperanza viva y caridad fraterna; virtudes cardinales de prudencia, fortaleza, templanza y justicia; dones y frutos del Espíritu Santos: don de sabiduría, de consejo, de piedad, etc. Para ello, como dice san Bernardo, hay que llevar a María en la mente conociendo sus virtudes, en el corazón amando esas virtudes y en las obras practicando tales virtudes.



Pues que María Asunta, el arca de la alianza, la mujer vestida de sol del Apocalipsis (11,19; 12,1), la sin pecado, nos resucite y nos eleve más a la vida de santidad por caminos de salvación, poniendo a Dios, a imitación de la Madre de Cristo y de la Iglesia, como centro de la vida, con limpieza de conciencia y servicio a los hermanos, especialmente practicando la ‘misericordia de corazón’ con los más míseros (que eso significa miseri-cordia). Esa misericordia que proclama hoy María en largo diálogo con Dios recitando el himno llamado Magnificat (Lc 1,46-55), inspirado en otro similar de Ana, madre del profeta Samuel (1Sam 2, 1-8), donde María agradece sus dones y a la vez ensalza al Dios de los pobres, de los humildes, de los oprimidos y de los olvidados, porque su misericordia llega a sus fieles de generación en generación (Lc 1,50). Qué bueno que al menos una vez al día, a lado del Padrenuestro evangélico (Mt 6, 9), recemos también un Avemaría, igualmente oración del evangelio iniciada por el Ángel de la Anunciación (Lc 1,28) y hoy completada por santa Isabel (Lc 1,42). Avemaría evangélica coronada por el Santamaría, que es oración de respuesta de la Iglesia, que somos todos. DIOS TE SALVE, MARÍA...SANTA MARÍA...



José RODRIGUEZ, o.s.a.

Te puede interesar...

Píldoras de fe para cumplir tus propósitos espirituales y no desfallecer

Cada vez que comienza el año hacemos promesas, listas de deseos o propósitos. Entre ellos, los más sonados siempre son hacer ejercicio, bajar de peso, levantarse más temprano, enojarse menos, pasar más tiempo con nuestros seres queridos, ahorrar dinero, etc.

Y aunque todo esto no tenga nada de malo, a veces terminamos por no cumplir nada. Nos quedamos a la mitad, y lo peor, ni siquiera comenzamos. ¿Qué pasa con nuestros propósitos espirituales?, ¿es que no hay suficiente motivación?, ¿qué hace que desfallezcamos en el camino, que no alcancemos la meta? Dice la Palabra de Dios que «al discípulo le basta ser como su Maestro» (Jn 10, 25). Es decir, el discípulo busca ser como Jesús, es lo primero que está en su mente y su corazón. Después de eso, de seguirle, «lo demás vendrá por añadidura» (Mt 6, 33). Por eso, antes de pensar en lo que podemos mejorar hacia afuera, la invitación de este año es ¡mejorar hacia adentro! Fortalecer otros ámbitos de nuestra persona que nos acerquen a ser como Jesús. Te comparto tres píldoras o consejos a tomar en cuenta para lograr este objetivo:

Disciplina en el entrenamiento. Así como los deportistas de alto rendimiento se someten a una disciplina en su entrenamiento, los discípulos que queremos ser como Jesús y mejorar nuestra vida, también debemos hacerlo. De lo contrario caeríamos ante cualquier adversidad que nos asechase.

Debemos entrar a la forja para volvernos maleables como el metal y una vez teniendo la forma correcta proceder al templado para quedar firmes y sin fisuras. Este entrenamiento debe centrarse en el regalo de la Salvación, donde la fe en el Señor, que la ha otorgado, ayuda a proclamar la verdad y alejarnos de la mentira. ¡Además nos permite experimentar en el corazón la justicia! Este entrenamiento nos permite mantener los pies descalzos, como signo de humildad, de que siempre estamos llamados a dar testimonio de lo que hacemos. Y también debe hacernos hábiles en el uso de nuestro equipamiento.



Así como la raqueta en el tenis, el bate en el baseball o la pelota en el futbol, nosotros tenemos que aprender a usar la fe como escudo y la Palabra de Dios como espada.

Tener una buena alimentación. Todo atleta tiene una excelente alimentación y nunca la descuida, es sumamente importante para realizar su deporte en el más alto rendimiento posible. Para aquellos que queremos seguir el camino de Cristo, también hay un elemento indispensable: ¡La Eucaristía! Y de paso realizar un esfuerzo por cuidar lo que comemos, incluso privarnos de algunas cosas (y ofrecerlas como sacrificio). El alimento esencial que provee de los mejores nutrientes para el espíritu es también la Palabra de Dios. Con ella podemos fortalecer nuestro músculo espiritual. «No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4, 4). Su Palabra es fuente de energía y a nosotros nos permite entablar una conversación con Él. Cuando leemos o escuchamos su Palabra, nuestro corazón ora, y en la oración encontramos aún más fuerte el sentido filial de hijos que nos vincula a Dios. Pero también tenemos que privarnos de algunas cosas como todo atleta. Esto no es cosa sencilla porque las tentaciones siempre llegan, los antojos, los desvelos, etc. El atleta no aguantaría el entrenamiento si no renunciara a todo ello. De igual forma el discípulo que aspira a ser como su Maestro: «Se sacude de todo peso del pecado que le asedia para así correr con mayor fortaleza durante su prueba» (Heb 12, 1). ¡La vida se nos vuelve ligera cuando no hay pecado!



Seguir el reglamento de la prueba. El atleta siempre compete de acuerdo con los reglamentos estipulados en su disciplina deportiva. El que no lo hace puede ser descalificado, expulsado o vetado del deporte. Incluso, en la historia deportiva, aquellos a los que después de algunos años se les ha comprobado que hicieron trampa, se les han retirado los premios obtenidos. En nuestro caso, como discípulos que seguimos a Jesús, también estamos invitados a seguir un reglamento, que no consta de varias hojas y numerales, sino que está centrado en dos puntos sumamente importantes que resumen todo lo que Dios quiere que hagamos.

«Amar a Dios con todo su corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas (Dt 6, 5) y amarnos unos con otros como Cristo nos ha amado» (Jn 13, 34). Seguir el reglamento implica un distintivo para los seguidores de Jesús, para que así todo el mundo nos pueda reconocer.

Amarnos nos llevará a respetarnos, a tener confianza, a ser leales y nunca sacar ventajas sobre otro. Por lo tanto, el llamado es muy claro, la regla es la vivencia en comunidad, en Iglesia, en familia, solo así crecemos y avanzamos.

Este año puede representar una nueva oportunidad para hacer promesas como las de siempre, sin embargo, después de un tiempo tan complicado, creo que es momento de comenzar de otra forma. Con nuevos propósitos que nos lleven al encuentro cara a cara con Jesús, el único y verdadero entrenador, el mejor Maestro. Artículo elaborado por Irwing Contreras Sánchez.



UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO. - La bellísima fiesta de la Asunción, puede ser un obstáculo ecuménico. Parece celebrar un acontecimiento que no se encuentra en las Escrituras, que otros cristianos enfatizan. Pero hay que recordar las palabras del Concilio Vaticano II: "la Iglesia no deriva solamente de la Sagrada Escritura su certeza acerca de todas las verdades reveladas (Dei Verbum n. 9). Dios se revela no sólo en la Biblia sino también por la Tradición". La Tradición, que no es "lo que se hizo en los viejos tiempos", sino la vida eclesial, guiada por el Espíritu Santo, que arranca de la Biblia verdades tácitas. En el caso de nuestra fiesta, la Iglesia meditó sobre la vida de la Virgen en el Nuevo Testamento, especialmente, su cercanía a su Hijo en los grandes momentos, y se enteró de que, también, compartió tal cercanía respecto a la resurrección.